

géronlos fuera de la ciudad para ejecutar la sentencia; y como los seguía una gran multitud de gentes, no cesaron de predicar hasta el último instante al Dios por quien morían (a).

Los Santos Ferrucion y Ferréolo ejercitaban su celo en Besanzon, á cuyo punto los envió San Ireneo. Sufrieron horriblos tormentos, y aun despues de cortada su lengua seguían predicando; pero este milagro no hizo mas que despertar una furiosa desesperacion en los ministros de la persecucion; y despues de haberles estirado los cuerpos por medio de máquinas, azotado cruelmente, y clavado punzones de hierro por entre las uñas de pies y manos y en el pecho, les cortaron la cabeza. Diéronles sepultura algunos fieles intrépidos en una caverna poco distante de la ciudad, donde los descubrió en el siglo IV San Agnato, obispo de Besanzon. Estos dos santos apóstoles del Franco Condado son mas conocidos con los nombres de S. Fargo y S. Fargon. Las gentes de la comitiva de Severo prendieron á San Andéolo, subdiácono, al tiempo que este príncipe pasaba al país que el Ródano baña; y cuentan que le mandó abrir la cabeza en cuatro partes con una espada de madera para que el suplicio fuese mas doloroso. Hízose muy célebre su culto, y en las riberas del Ródano existe un pueblo con su nombre.

En la capital del imperio padecían los fieles las mas inauditas violencias por la impiedad y avaricia de Plauciano. Este hombre, de bajo nacimiento, pero de grandes riquezas, tenía una hija casada con el hijo del

(a) Afirma Escoleno que los santos mártires Felix presbítero y los diáconos Fortunato y Aquileo, predicaron en Játiva, hoy San Felipe, en el reino de Valencia; pero otros autores dan por sentado y como fuera de toda duda que pertenecen á Valencia del Delfinado.

(N. del E.)

mismo emperador Severo, quien le confió el gobierno de Roma, al tiempo que marchaba al Oriente contra los partos. Plauciano elevado á tan alta dignidad, no había olvidado los malos resabios de su origen, y parecía que solo se valía del poder para aumentar con las confiscaciones su inmensa fortuna. Ensayó sus crueldades con los fieles mas pacíficos y desinteresados de Roma, y á pretexto de que no tributaban al emperador las mismas honras que sus súbditos idólatras, obligó á sufrir una muerte cruel á muchos de ellos. Volvieron á ponerse en escena las antiguas calumnias tantas veces rebatidas, y el nombre solo de cristiano era un crimen digno de los últimos suplicios. Unos eran crucificados, otros espuestos á la ferocidad de los leones y de los tigres, y por grande clemencia condenaban á otros á las minas y á la esclavitud. Roma estaba bañada de sangre cristiana, y nobastaban ya los verdugos ordinarios. No disculpaba á los viejos la flaqueza de su edad, ni se respetaba al pudor. Arrastraban á las vírgenes á las casas infames; y con una contradicción la mas estraña y vergonzosa, condenaban á la prostitucion como á la mayor de todas las desgracias, á unas personas acusadas falsamente de entregarse por gusto y por principios á todo genero de desórdenes.

En esta opresion tan espantosa necesitaba la Iglesia una proteccion particular, ó á lo menos una justificacion extraordinaria y palpable, que pusiese de manifiesto su inocencia y la defendiese con eficacia. A este fin la Providencia se sirvió de Tertuliano, hombre de ingenio vivo, ardiente y sutil, de vasta erudicion, y de una elocuencia tan profunda como nerviosa. Mas aunque sus escritos adolecen de defectos propios de su carácter personal, de su nacion y de su siglo, se advierten mucho menos en su *Apologético* que en otras obras suyas; y no puede negarse que tiene el don de instruir y persua-

dir, y que aun respecto de algunas razones mas especiosas que sólidas, tiene el arte de presentarlas con una fuerza y una vehemencia que arrebató á los lectores.

Tertuliano nació en Cartago, y su padre fué centurion ó capitán de las tropas proconsulares. Educóse en el paganismo, y como él mismo nos refiere, se entregó á los desórdenes de la juventud. Por sus escritos se vé los grandes progresos que hizo en las ciencias, singularmente en la jurisprudencia y en la literatura griega; y se nota tambien que había leído mucho á San Justino y á San Ireneo. Eleváronle, aunque era casado, á la dignidad del sacerdocio, en atencion á sus grandes talentos y por su virtud y pureza de costumbres; la cual era un garante seguro de su fidelidad en observar la castidad perfecta. Escribió su *Apología ó Apologético* á principios del siglo III, y le dirigió, sin darse á conocer, á los gobernadores de las provincias. Esta obra es de un estilo superior á todas las que hasta entonces se habían publicado de esta especie, y ninguna otra ha manifestado hasta ahora con mas viveza los inicuos procedimientos de los infieles con los cristianos, la admirable inocencia de estos, y las absurdas preocupaciones de aquellos, con todas las infamias y contradicciones monstruosas de su mitología. Es cuanto podemos decir aquí de este prolijo y admirable discurso, por ser imposible dar de él una exacta idea en un extracto que no haría mas que desfigurarlo y debilitar la fuerza y vehemencia que le caracterizan.

Por este tiempo escribió tambien Tertuliano sus dos libros á los gentiles, y el del *Testimonio del alma*, cuyo asunto es el mismo que el del *Apologético*. Ejerció finalmente su pluma, no solo contra los infieles, sino tambien contra los hereges, y en componer varias obras de piedad. Se advierten en todas mucha elevacion é infinitas

bellezas; pero tambien se encuentran expresiones y doctrinas poco exactas, aun en los escritos que publicó siendo católico.

Porque, al fin, este hombre singular y digno durante mucho tiempo de la alta reputacion que su ciencia y virtud le habían grangeado, vino á precipitarse, como á los cuarenta años de edad, en la heregia de los montanistas, una de las mas absurdas que se conocían hasta entonces. Pero como estos innovadores se preciaban de una regularidad extraordinaria y de una grande austeridad y publicaban muchos prodigios en favor de su secta, Tertuliano, que era de imaginacion ardiente, y por consiguiente crédulo, y por otra parte duro y severo, cayó con mas facilidad en el engaño. Pretestaba algunos motivos de queja contra los ministros de la Iglesia romana; no pudo digerirlos su orgullo, y los confundió injustamente con la causa comun de la Iglesia. Ejemplo deplorable á la verdad, pero que no debe admirarnos en gran manera, á vista del temple de espíritu de este rigorista altanero; ejemplo que nos enseña á no juzgar de la doctrina por las personas que la profesan, sino de las personas por la doctrina que siempre se ha profesado en la Iglesia.

Si las obras de Tertuliano en favor de la Religion verdadera no disminuyeron las violencias de los tiranos, sirvieron á lo menos para justificarla y poner en claro la iniquidad de la tiranía. Así la mano de Dios parece que fulminó mas golpes contra el emperador Severo, cabalmente cuando mas razones tenía para prometerse una vida dulce y tranquila. A fines de su reinado se dedicó con extraordinario conato á hacer que floreciese la justicia en toda la estension de su imperio, y ganó el afecto de sus súbditos mas de lo que podía esperar atendidos sus primeros años; pero sin embargo murió de tristeza mas que de otra

enfermedad el día 4 de febrero del año 211. Había pasado á las Islas Británicas para sujetar á sus rebeldes habitantes, y tardó poco el enemigo en pedir la paz. Avanzó el emperador á caballo entre los dos ejércitos, despues de haber prescrito las condiciones, y estando todo dispuesto para firmar el tratado, Antonino, su hijo mayor, que le acompañaba, detuvo un poco su caballo, y sin decir palabra sacó la espada para herir al emperador por las espaldas. Pero empezaron todos á gritar, y el parricida no teniendo tiempo ni valor para acabar su crimen, envainó precipitadamente la espada, mostrando en su triste silencio y en su confusion las señales evidentes de su crimen. Severo fingió hasta la noche mucha tranquilidad, y habiéndose acostado, teniendo á la cabecera una espada, mandó llamar á su hijo con el prefecto del Pretorio, y presentándosele le dijo al jóven príncipe: *hijo mio, si estás cansado de verme vivir, dame la muerte ahora que puedes hacerlo en secreto y sin peligro; ó encarga la ejecucion al prefecto, porque siendo tú su emperador, te libertará de hacerlo por tu propia mano.* Disculpóse Antonino lo mejor que pudo, pero sin disipar las sospechas de su padre que se abandonó á toda la amargura de sus tristes reflexiones. Amaneció

enfermo al otro día, y murió poco despues en York, á la edad de sesenta y cinco años, de los cuales reinó cerca de diez y ocho.

Antonino, conocido con el nombre de Caracalla, por una especie de vestido que llevó á Roma desde las Galias para que lo usase el pueblo, y su hermano Geta, fueron asociados ambos al imperio en vida de su padre, y le sucedieron luego despues de su muerte. No podian sufrirse el uno al otro, y en su viage de vuelta para Italia, intentaron muchas veces quitarse la vida. Luego que pisaron á Roma, venció el mas perverso y artificioso. Caracalla propuso á la emperatriz Julia, su madre comun, que llamase á los dos para reconciliarse en su presencia. Vino Geta de buena fé; y al momento se sintió traspasado de mil heridas en los brazos de Julia que se vió bañada en la sangre de su hijo, y aun herida; y temiendo Caracalla que su hermano pudiese todavía huir le dió los últimos golpes é hizo que espirase en sus manos. Tal era el monstruo á cuyo poder quedaban sujetos el imperio y las ovejas pacíficas de Cristo que llenaban ya todas las provincias; pero nunca mostró el Señor de un modo mas prodigioso que tiene en su mano el corazon de los mismos tiranos, y que cuando quiere cierra las fauces de los monstruos mas carnívoros.

LIBRO CUARTO.

Desde el fin de la quinta persecucion hasta el cisma de los Novacianos en el año 251.

INTERESABA á la gloria de la verdadera Religion y le era necesario tener que sufrir persecuciones y sostener sangrientas guerras; pero al mismo tiempo le era tambien necesario gozar ciertos intervalos de paz y de tranquilidad para cultivar las plantas y recoger los frutos de esta tierra regada con la sangre que la hacia tan fecunda. Concedió el Señor á su Iglesia estas alternativas, y de un modo tanto mas maravilloso, cuanto que no pocas veces recobraba su tranquilidad por medio de unos príncipes que parecian nacidos solo para hacer infelices á sus demas súbditos. Asi es que el emperador Caracalla, aunque tan perverso, jamás persiguió á los cristianos; antes bien los trató con mucha suavidad, por manera que estos hicieron prosélitos distinguidos en el imperio y llevaron la fé á las naciones remotas. Gozaba entonces de mucha fama un jurisconsulto romano, llamado Minucio Felix, y profesaba amistad á un tal Octavio, cristiano como él, y aun antes que él, porque uno y otro habian sido paganos y compañeros y mútuos confidentes en los pasatiempos y estravíos de la juventud. Octavio regresó á Roma despues de algun tiempo de ausencia, y sorprendió agradablemente á Felix que no le aguardaba. Era entonces la temporada en que los empleados de los tribunales acostumbraban á salir al campo para solazarse de sus fatigas ordinarias, y Minucio Felix llevó en su compañía á Ostia á su

amigo Octavio, junto con otro llamado Cecilio, que seguia aún en el paganismo. Estándose paseando los tres por la playa, vió Cecilio un ídolo de Serapis y llegó inmediatamente su mano á la boca en señal de respeto y de adoracion. «¿Es posible, esclamó entonces Octavio, dirigiendo la palabra á Felix, que un hombre instruido y tan amigo vuestro como lo es Cecilio, viva en tal cegüedad?» Eludieron la conversacion, y siguieron su paseo hablando de cosas indiferentes, y riéndose al mirar á unos niños que divertian el tiempo arrojando piedras á la superficie del agua.

Pero desde aquel instante se puso Cecilio á reflexionar, y mostró una estremada seriedad. Preguntóle Felix la causa, y le obligó á confesar que en verdad le habian incomodado las palabras de Octavio. Acordaron entonces agitar en debida forma la controversia sobre la Religion; se sentaron y colocaron á Felix en medio, como árbitro, para que juzgase las razones de ambas partes. Habló primero Cecilio, impugnó la Religion con las acostumbradas preocupaciones, y señaló á los cristianos con la insultante denominacion de secta nueva y grosera, obra de la ignorancia é invencion despreciable de las gentes mas bajas. Dejóle hablar Octavio sin interrumpirle, como hombre que confiaba enteramente en la justicia de su causa, y que al mismo tiempo no queria presentar el menor obstáculo á la persuasion. Tomó despues la palabra, y con tanta